

LA ILUSTRE FREGONA
Miguel de Cervantes, 1613

Resumen

Tras la muerte de su esposo, siendo todavía joven y hermosa, una castellana muy principal, da ejemplo de castidad retirándose a una casa-palacio que tiene en una aldea de su propiedad. Habiendo salido de caza, un caballero decide conocerla, llegando a la aldea en tan buena hora que no se topa con aldeano que lo vea, ni puerta que le cierre el paso, ni criado que lo interrogue en su camino hasta el aposento de la señora, a la que encuentra echada en su lecho durmiendo la siesta. Estimulado el cazador ante una presa tan fácil de tomar, el caballero cierra la puerta tras de sí y se llega hasta la mujer, poseyéndola por la fuerza de sus músculos y de un argumento irrefutable: si gritáis, vuestra honra quedará manchada para siempre; si guardáis silencio, nadie se enterará.

De resultas del encuentro, la mujer queda embarazada. Queriendo ocultar su deshonor, finge haber enfermado de hidropesía e inicia una romería a Nuestra Señora de Guadalupe. Quiere la virgen que el parto la sorprenda a su paso por Toledo, mientras se hospeda en la posada del Sevillano. Allí da a luz con el mayor sigilo, ya que ni ella sufre los dolores del parto ni la niña berrea. Solo el huésped sabe del suceso al revelarles ella su secreto y pedirle que se encargue de la niña hasta que alguien venga a reclamarla. Deja la señora al huésped parte de una cadena de oro y un trozo de pergamino con unas letras de significado incomprensible. Solo a quien muestre el resto de la cadena y del pergamino deberá ser entregada la niña.

Quince años después, Costanza se ha convertido en una criatura de tal belleza que son numerosos los señores que se alojan en la posada solo por verla, ya que la moza no consiente otra cosa. Ni siquiera el hijo del corregidor, enamorado hasta las trancas, ha conseguido recibir de ella una palabra.

Entre los atraídos por el renombre de la ilustre fregona (así llaman a la joven, aunque no friega) se encuentran Diego de Carriazo y Tomás de Avendaño, dos jóvenes que, hastiados de las comodidades y muestras de cariño recibidos en sus casas, fingen el deseo de ir a estudiar a Salamanca para, durante el viaje, despistar y robar al mayordomo que los acompaña y emprender una aventura. A su paso por Toledo, oyen hablar de *la ilustre fregona* y desean conocerla. Enamorado de ella, Juan de Avendaño se emplea en la posada, convenciendo a Carriazo de que haga otro tanto. Pero ni él consigue acercarse a ella ni el otro olvida su afición al juego y las peleas, de resultas de una de las cuales es prendido por la justicia.

Así las cosas, llega a la posada el Corregidor, queriendo también conocer a la belleza por la que su hijo bebe los vientos. Traída a su presencia, no puede por menos que asombrarse de la belleza y honestidad de Costanza, decidiendo que tal mujer no puede vivir como fregona en una posada sino como marquesa en un palacio. Atemorizado por la autoridad del visitante, el huésped le revela el origen de la chica y le muestra las señas que le dejó su madre.

En eso están cuando llegan a la posada dos ancianos venerables, que no son sino los padres de los jóvenes prófugos. Uno de ellos, Carriazo, se presenta como padre de Costanza, de cuya existencia acaba de enterarse. Resulta que la mujer por él violentada murió dos años después, dejando a su mayordomo el

encargo de comunicar al padre el destino de su hija y entregarle los trozos de cadena y pergamino, así como una gran cantidad de dinero. Tentado por la avaricia, el propio incumplió la voluntad de la fallecida hasta que, viéndose morir él mismo, lo asaltó el remordimiento.

Puesta en claro la trama, los dos ancianos venerables y el no menos venerable Corregidor deciden casar a Costanza con el joven don Tomás de Avendaño, a la hija del corregidor con el joven don Diego de Carriazo y a una hija de Avendaño con el hijo del Corregidor. «Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos».

Enseñanza: Una mujer es violada, las hijas son casadas por sus padres con hombres desconocidos, pero los autores de tales arbitrariedades reciben tratamiento de venerables debido a su condición de ricos y poderosos. Ni un hombre de mentalidad abierta, como fue el Príncipe de los Ingenios, escapa a la moral de su tiempo.

Extractos

Descripción de Costanza, oída por Diego y Tomás a dos mozos de mulas a la entrada de Illescas: «Esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe (...) Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago, y áspera como una ortiga; pero tiene una cara de pascua y un rostro de buen año: en una mejilla tiene el sol y en la otra la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y jazmines».

Coplas escritas por don Tomás de Avendaño (ovillejos):

*¿Quién de amor venturas halla?
El que calla.*

*¿Quién triunfa de su aspereza?
La firmeza.*

*¿Quién da alcance a su alegría?
La porfía.*

*Dese modo, bien podría
esperar dichosa palma
si en esta empresa mi alma
calla, está firme y porfía.*

*¿Con quién se sustenta amor?
Con favor.*

*¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.*

*¿Antes con desdenes crece?
Desfallece.*

*Claro en esto se parece
que mi amor será inmortal,
pues la causa de mi mal
ni injuria ni favorece.*

*Quien desespera, ¿qué espera?
Muerte entera.*

*Pues, ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego, ¿bien será morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele decir,
y esta verdad se reciba,
que tras la tormenta esquiva
suele la calma venir.*

*¿Descubriré mi pasión?
En ocasión.
¿Y si jamás se me da?
Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue a tanto
tu limpia fe y esperanza,
que, en sabiéndolo Costanza,
convierta en risa tu llanto.*

Relato del huésped al Corregidor: «Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegué a esta posada una [peregrina que] representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta o pocos más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo. Venía enferma y descolorida (...) Aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja (...) que estaba enferma de hidropesía. Había ofrecido de ir a Nuestra Señora de Guadalupe en romería (...) pero a cabo de tres días (...) nos dijo: “Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mía me hallo en el riguroso trance que ahora os diré. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando (...) Es menester, amigos, que busquéis donde llevar lo que pariere” (...) Ni la madre se quejó en el parto ni la hija nació llorando: en todos había sosiego y silencio maravilloso (...) Fue a su romería y volvió de allí a veinte días, ya casi sana, porque poco a poco se iba quitando del artificio con que después de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió, estaba ya la niña dada a criar por mi orden, con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre; la cual, contenta de lo que yo había hecho, al tiempo de despedirse me dio una cadena de oro, que hasta agora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que trairía la persona que por la niña viniese. También cortó un blanco pergamino a vueltas y a ondas (...) digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán (...) Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la truje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado (...) Costancica, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor ramera en Toledo; canta a la almohadilla como unos ángeles; en ser honesta no hay quien la iguale (...) Esta es, señor, la verdadera historia de *la ilustre fregona*, que no friega».

Dos ancianos venerables: «Entraron en la posada, con cuatro hombres de a caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias (...) Tomás conoció luego a dos criados de su padre, y luego conoció a su padre y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos (...) [Diego de Carriazo] llamó al huésped; y le dijo: “Yo, señor huésped, vengo a quitaros una prenda mía que ha algunos años que tenéis en vuestro poder” [Llega entonces] el Corregidor [quien], apenas hubo visto a los dos

caballeros cuando, abiertos los brazos, fue a abrazar al uno, diciendo: “¡Válame Dios! ¿Qué buena venida es ésta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mío?”».

Explicación de don Diego: «El padre -respondió don Diego- yo lo soy; la madre ya no vive (...) Siendo viuda de un gran caballero, se retiró a vivir a una aldea suya (...) Ordenó la suerte que un día, yendo yo a caza por el término de su lugar, quise visitarla (...) Subí sin topar a nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro. Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión, despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto; y, sin ponerme a hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y, llegándome a ella, la desperté; y, teniéndola asida fuertemente, le dije: “Vuesa merced, señora mía, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonor” (...) Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía: ella, cansada, rendida y turbada, o no pudo o no quiso hablarme palabra, y yo, dejándola como atontada y suspensa, me volví a salir por los mismos pasos donde había entrado (...) Se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta; y podrá haber veinte días que (...) me envió a llamar un mayordomo desta señora (...) Me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le había sucedido, y cómo había quedado preñada de aquella fuerza (...), y cómo había parido en esta casa una niña, que se había de llamar Costanza. Diome (...) la cadena y pergamino. Y diome ansimismo treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar a su hija».

El reencuentro: «A estas razones llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decían a grandes voces: “Díganle a Tomás (...) cómo llevan a su amigo preso; que acuda a la cárcel, que allí le espera”. Dijo el Corregidor que entrase el preso y, así como entró en la sala, conoció a su padre y al de Avendaño (...) Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro; llegó el alguacil y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre (...) Hincó las rodillas Carriazo y fuese a poner a los pies de su padre (...) Bajó Tomás, y, con los ojos bajos y sumisión grande, se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento. [El Corregidor] hizo llamar a Costanza y se la presentó a su padre, diciendo: “Recebid, señor don Diego, esta prenda y estimalda por la más rica que acertárades a desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano a vuestro padre y dad gracias a Dios” (...) Costanza no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre; y, tomándole las manos, se las comenzó a besar tiernamente, bañándose con infinitas lágrimas».

El apaño: «Vistió luego la mujer del Corregidor a Costanza con unos vestidos de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo (...) Entre el Corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño, se concertaron en que don Tomás se casase con Costanza (...) y don Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y don Pedro, el hijo del Corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño; que su padre se ofrecía a traer dispensación del parentesco. Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos».

Alguna opinión del autor: «La mala bestia del vulgo, por la mayor parte, es mala, maldita y maldiciente», «así como los cometas cuando se muestran siempre causan temores de desgracias e infortunios, ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas».

Ver también [*El huésped del Sevillano*](#)